

This is a sample of a testing text in Spanish. The total word count is 614 words.

En el siglo XVI español, afirma Kamen, “el racismo fue elevado a sistema de gobierno” (1). Y en efecto, mediante los Estatutos de Limpieza de Sangre (2) se practicó “una especie de carrera de obstáculos” (3). No obstante esto, hacia finales del siglo XVI y principios del XVII miembros de la “casta impura” (de ascendencia judía) han escalado socialmente (4), y algunos de ellos, sobre todo los que forman parte de la burguesía mercantil, se han incorporado a los estratos superiores, después de haber legitimado, de alguna u otra manera (5), su rango y función.

La nobleza cristiana vieja vio la posibilidad de que se erosionara su sistema jerárquico, fundado en el estamento. De ahí que haya pregonado el inmovilismo como base de la estabilidad social (6) e hiciera uso del tradicional antisemitismo español como medio de defensa ante la nueva amenaza. Después de todo —según se esfuerza en dictar la ideología hegemónica—, “linaje y nacimiento son la base del estamento” (7), y esto ciertamente no lo poseían los descendientes de conversos, por más que varios de ellos pretendieran —en el pensamiento de los sanguíneamente “limpios”— hacerse pasar por hidalgos cristianos.

La *Historia de la vida del Buscón*, escrita alrededor de 1604 (8), surge —como se ha visto— en un momento en el que el sistema de distribución de individuos tradicionalmente

establecido tiende a verse afectado por un fenómeno ya evidente: la aspiración de medro social de elementos de origen converso. Y es precisamente este fenómeno el que Quevedo va a tratar en su novela, hecho que se observa, por ejemplo, cuando hace que su protagonista insista en pretensiones sociales.

Sin embargo, el personaje converso no utilizará sino los medios más ruines para lograr sus objetivos. Y es que para Quevedo, como para la mayoría de los españoles “limpios”, la mala sangre se hereda. Efectivamente, el común de los hombres de ascendencia cristiana de los siglos XVI y XVII consideraba axiomático no sólo que “por generaciones, los marranos habían sido cristianos sólo de nombre” (10), sino que además juzgaba que “en la masa de su sangre llevaban heredados una serie de vicios concretos” (11). Quizá, para ilustrar lo dicho, sea conveniente recordar el *Tractatus bipartitus de puritae et nobilitate probanda*, escrito ya en la época de Felipe IV por Juan Escobar de Corro. Para este autor, el bautismo no puede lavar los pecados de los antecesores judíos, y la “infección” de la sangre siempre es heredada (12).

Quevedo, al hacer de Pablos un tipo despreciable, viene a afirmar la noción de la marca de sangre, pero también se pone al servicio de la clase dominante que procura reservar para sí los privilegios de honra y poder. Asimismo, el escritor intenta cercenar la lucha de cristianos nuevos que, como

Mateo Alemán, defendían el criterio de la virtud del hombre y no de la sangre (13).

En Quevedo, ciertamente, ni un solo converso puede tener virtud. Basta ver cómo representa a los cristianos nuevos. Y empecemos por la madre de Pablos, “Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan y nieta de Andrés de San Cristóbal” (p. 9). La conglomeración de apellidos no deja lugar a dudas sobre su origen (14), pero como si esto no fuera suficiente, el autor se torna redundante al asentar lo siguiente: “sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja” (p. 9). Esta mujer es, en pocas palabras, confesa, bruja, prostituta y alcahueta. Sobre Clemente Pablo, el padre, se nos dice que es un barbero ladrón que ha tenido que vérselas con el Santo Oficio (15). Y del dómine Cabra (16) obtenemos la caracterización de un clérigo cuya avaricia lo lleva a ser hambreador, asesino y suicida.